

LA EXTINCIÓN DE LOS BARRIOS

Daniel B. Gallego

LA EXTINCIÓN DE LOS BARRIOS

Daniel B. Gallego, 2022

Ilustración y diseño de portada: Juan Camilo López Gallego

Diseño y diagramación interior: Juan Camilo López Gallego

Edición de manuscrito: Carlos Alejandro Ruiz

Contacto: danielbgallego@gmail.com

Primera Edición

Medellín Colombia, 2022

Reservados todos los derechos, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin la previa autorización por escrito del titular deo copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Hecho el Depósito Legal que marca el Decreto 460 de 1995

Ciudad que ríe con las costillas rotas.

MANRIQUE ORIENTAL.

Señora.

Salomé Mirelly Martínez López.

Por ese insignificante título de señora, si se compara con la gravedad del asunto epistolar, fue que se molestó la destinataria cuando leyó su nombre impreso en el sobre membretado por la fiscalía.

—¡Cuál señora! Con todo lo que me costó quitarme el: De González. ¡Atrevidos! SE-ÑO-RI-TA. Mas largo, pero más bonito. Yo hace mucho que me separé de ese hijueputa de mi marido. Perdón, exmarido, corrigió en voz alta antes de tirar con el movimiento de muñeca de un crupier, la carta sobre la mesita de vidrio con biseles dorados. Luego, a merced de la gravedad, se desplomó como un bulto de carne sobre el sofá de cuerina rojo y negro.

Salomé giró la cabeza sobre su hombro para encontrar su rostro en los espejos que forraban de piso a techo la pared a sus espaldas, quería revisar que, después de todo el día trabajando en la funeraria, sus pestañas postizas permanecieran bien curvadas y en su sitio. Después de la minuciosa evaluación y concluir que

necesitaba unos retoques de maquillaje, pues iba a verse con su novio en El Chócolo de La Setenta, se soltó las hebillas Chanel redondas del cinturón para poder inclinarse sin lastimarse el vientre y alcanzar a la altura de los tobillos, el cierre de las botas tacón de aguja. Cuando las tuvo abiertas, las lanzó con la fuerza de sus pies sobre el tapete de cebra, y ambas botas fueron a dar debajo de la mesita donde había dejado la misiva. Una vez liberó los dedos del encierro y los movió para comprobar que todavía estuvieran vivos, se recostó sobre el espaldar del sofá, que, como la espalda de un insolado, ya estaba perdiendo la primera capa de cuero. Puso sus manos detrás de la cabeza como soporte y fijó su mirada en la lámpara del techo, de la cual colgaban con nylon unas bolas de cristal que ocultaban los bombillos y funcionaban como prismas pues estaban talladas como la esfera de Epcot Center. En esa posición se quedó unos segundos meditando. ¿La fiscalía? Reaccionó.

La casa de Salomé estaba ubicada sobre la carrera 37, diagonal a la esquina del parque Gaitán donde está el teléfono público. Al lado de Variedades Chachi y justo al frente de la carnicería El Bobino y El Arriero. El edificio tenía tres pisos. El primero estaba arrendado a La Tienda del Peluquero, y el tercero, una especie de tumor que le creció a los otros dos después de viejos, había sido construido con escalera independiente para poder alquilarlo. Desafortunadamente, en ese piso diseñado por un albañil que hizo las veces de arquitecto, el único habitante era un cartel de Arrendamientos Santa Fe. Un aviso roto y amarillento, que pendía de una punta en su ventana por un pedazo de cinta que se negaba a dejarlo ir.

Según decían en la tienda, en las cantinas, en la iglesia, en el parque, en la panadería y en la cancha, nadie quería vivir ahí porque espantaban. Las mismas malas lenguas aseguraban que algún macabro secreto guardaba Salomé. Secreto que estaría a punto de ventilarse después de recibir la carta.

El segundo piso, donde vivía sola la señora, perdón, señorita; tenía como protagonista de la fachada un amplio balcón de baranda blanca que lo coronaba. Las antiguas paredes de ladrillo habían sido renovadas poco después de que ella, disfrutando de la plena libertad que no le dio su marido en vida, le diera un toque moderno haciendo forrar los dos primeros niveles con un patrón ajedrezado de baldosas rectangulares blancas y negras. También le había puesto moldes de yeso al marco de las ventanas y, además, para que la entrada del balcón pareciera la de un palacio, le mandó a hacer dos columnas falsas a ambos lados de la puerta. A esas columnas, y las rejas metálicas de las ventanas las había pintado color oro. Solamente el tercer piso quedó en obra negra y sin conocer detalles.

La Tienda del Peluquero era una mutación nacida del garaje original de la casa, ya que, debido al crecimiento desmesurado del barrio, a esos primeros niveles de las residencias más viejas, les metían dos o tres paredes de placa, un sanitario y un lavamanos para convertirlos rápidamente en locales comerciales. Especialmente aquellos ubicados estratégicamente alrededor del parque. El negocio llevaba casi un año funcionando, y desde entonces tenía instalada sobre su entrada una carpa de rayas azules y blancas, y un letrero fucsia translúcido iluminado por detrás con lámparas de neón. La publicidad era el nombre de la tienda impreso en Arial mayúscula acompañado de una modelo que mostraba orgullosamente unos destellos adheridos con *photoshop* a su resplandeciente dentadura.

Ese garaje lo había rentado Maritza Sánchez, una enigmática mujer desconocida en el barrio que andaba como en sus cuarentas, y que llamaba la atención por los excesos en su maquillaje y vestimenta. Al mismo tiempo, tenía un pelo rojo encendido que nunca le crecía ni se lo cortaba, por lo cual sospechaban los vecinos y clientes que se trataba de una peluca. También, como su cuerpo en cierta forma todavía se lo permitía, generalmente vestía de manera

insinuante, casi atravesando la frontera de las meretrices. Pero sus excesos estéticos no se aproximaban a los de Salomé, que de un solo tajo se había hecho la liposucción e implantado tetas y nalgas de silicona. Y como le gustaba tanto presumir de esas prótesis poliméricas, no por voluptuosas tanto como por caras, usaba ropas todavía más cortas y apretadas que su inquilina. Fue ese mutuo gusto por la vanidad lo que le había abierto la puerta a la desconocida Maritza; por lo menos al inicio, cuando firmaron el contrato de arrendamiento con la mera impronta de la palabra. Pero esa fue una conexión tan efímera como la sinceridad de su amistad, pues ahora, cada que Salomé hablaba con otra gente del barrio se refería a Maritza como: "esa vieja tan conchuda y tan metida que parece una puta". Y cada que Maritza hablaba con otra gente en la tienda se refería a Salomé como: "esa carranga resucitada".

Usando como cuartel general su tienda del peluquero, Maritza se había encargado de ventilar por todo Manrique la vida privada de Salomé. Por eso cada que alguien llegaba a comprar un shampoo Pantene Pro B, alguna tintura Igora Vital o un tratamiento Wella Koleston, inclusive unos simples cauchitos o tijeras que se doblaban para convertirse en un llavero, recogía, entregaba o intercambiaba un pedacito de información nueva. El cuchitril parecía más bien una central del Super Agente Ochenta y Seis. Se comentaba entonces, entre el olor del amoníaco y la lavanda sintética, que Salomé había llegado hace más de diez años de Caramanta para ganarse la vida trabajando con la DEA (con la de abajo, era el chiste popular del barrio que siempre arrancaba la misma sonrisa), es decir, vendiendo el derecho a profanar su cuerpo en un lupanar aldeaño a La Minorista, y que administraba su madre. Lugar este frecuentado casi a diario por don Serafín González, el dueño de la funeraria La Nueva Esperanza.

El nombre Las Gaticas Doradas y el logo de *Playboy* pintado a mano, adornaban la entrada del recinto, era uno de esos híbridos que resulta de combinar cualquiera de las siguientes denomina-

ciones: cantina, billar, restaurante, prostíbulo, posada y oficina. Fue allí, bajo las tenues luces rojas, que don Serafín se enamoró perdidamente de Salomé. Nombre artístico con el que se dio a conocer en el barrio Hercilia.

Después de un año de su primer encuentro en una cama de Las Gaticas Doradas, don Serafín finalmente la había convencido de dejar aquella vergonzosa y trajinada vida para irse a vivir con él a esa casa de Manrique Oriental donde hoy todavía espantan, y también la había persuadido, con un tinte de obligación oculto en el consejo, para que ocupara su tiempo libre ayudándole con la logística y algunas cuentas de la funeraria ubicada a dos cuadras del parque de Bolívar.

Salomé siguió las indicaciones de su marido casi al pie de la letra, sin embargo, no pudo dejar atrás algunas de sus manías. Debido a los efectos que le generaba el ron con Coca Cola mezclado con Rivotril y perico, a cada rato soltaba la lengua para luego no acordarse de nada. Borracha, tambaleante y apretando la quijada, iba regando fragmentos de información como fichas de un rompecabezas, entregados uno por uno, a diferentes personas de la cuadra. Un rompecabezas que Maritza fue armando con paciencia y con la ayuda de todos los chismosos que iban a darle información a cambio de que les fiaran o les dieran un descuento. Pero los comentarios se fueron excediendo en su calibre hasta desbordar la imaginación de quien los contaba y los escuchaba. La última versión que se manejaba, por ejemplo, era que ella misma había mandado a matar a su esposo para quedarse con la funeraria. No pudo haber sido casualidad que, después de la desaparición de Serafín, esta fulana se hubiera vuelto una de las mujeres más ricas del barrio que inclusive prestaba plata excediendo los niveles de la usura. Por lo menos esa fue la versión final que salió del cuartel general del pelo.

Cuando terminó de desinflar los cachetes y soltar el aire para deshacerse del último residuo de cansancio, Hercilia, perdón Sa-

lomé, se fue directo a la cocina usando la carta como abanico, para con la otra mano, servirse en una copa un ron doble, esta vez sin hielo y sin Coca Cola. Se lo tomó de un solo sorbo, hizo algunas muecas que incluían apretar los párpados y levantar las mejillas, sacudió la cabeza y luego se sirvió otro doble, esta vez en vaso, con hielos, Coca Cola y dos pastillitas azules.

Se sentó en un butaquito que usaba para alcanzar los gabinetes más altos, abrió el sobre con un cuchillo afilado y cuando leyó lo que decía la carta, por fin se dio cuenta lo insignificante que era la disyuntiva de señora o señorita. La fiscalía la sindicaba de autora intelectual en más de cincuenta asesinatos, incluyendo el de su esposo y por esta denuncia debía conseguir un abogado para comparecer en los juzgados de La Alpujarra.

Y aunque desde que estaba soltando ese largo suspiro en el sillón, sabía que una carta de la fiscalía no podía contener buenas noticias, nunca se imaginó que la acusación llegara a ser tan destructiva. A lo sumo se estaba imaginando que era otra vez una citación para explicar sus vínculos secretos con la Chicholina, un matón de poca monta del barrio con el cual se había estado viendo a escondidas.

Alarmada por la severidad de la misiva, cogió la botella de ron por el pico para llevársela como compañía, se puso unas sandalias sin quitarse las medias y quiso bajar a pedir ayuda, o tal vez desahogarse como generalmente lo hacía con Maritza, pero, recordó que desde el día anterior no había visto abierta la tienda y pensó que tal vez la inquilina estaba enferma. Entonces, la llamó por teléfono, pero tampoco obtuvo una respuesta. Desesperada hizo lo que no debía: llamar tres veces seguidas al teléfono de la Chicholina, pero este tampoco contestaba. Entonces, dominada por una ansiedad que crecía como la espuma de una cerveza mal servida y por una agonía que le oprimía el pecho, no se le ocurrió otra cosa que sacar una maleta del closet y meter allí unos fajos y unas prendas para salir huyendo, pero antes pidió un taxi para

ganar tiempo, y apenas escuchó el pito característico de Chevette, se cercioró por la ventana que si fuera el vehículo correcto el que estuviera esperándola abajo y no una patrulla de la policía. Antes de bajar las escalas, miro hacia el parque y las calles que lo rodeaban. Todos los transeúntes le parecían sospechosos. Los que jugaban básquet tenían cara de tombo, el que estaba llamando del teléfono público seguro que fingía porque ese teléfono llevaba más de un año descompuesto; los enamorados de la banca que se besaban apasionadamente estaban buscando un pretexto para esconder sus rostros y así... Una corazonada con acetona le advirtió que cada persona que vio afuera estaba conspirando contra ella.

Con el sistema nervioso trabajando a toda máquina, las uñas despedazadas a mordiscos y con su pelo enredado pues no había parado de rascarse la cabeza, se apretó de nuevo el cinturón Chanel a la altura del ombligo, olvidó ponerse las botas, y en sandalias cogió la maleta para bajar las escaleras casi corriendo, buscó un poco de valor antes de abrir la puerta que da a la calle y salió conteniendo la respiración hasta que se montó a la banca trasera del taxi, cargando la maleta como a un recién nacido.

—¿Señora se encuentra bien? —le preguntó el taxista mirándole los ojos extraviados por el retrovisor.

—No sea metido. Lléveme a la terminal del sur ¡Lo más rápido que pueda!

Después de haber avanzado unas dos cuadras en bajada, un carro particular de vidrios polarizados se le atravesó de frente al taxi y este tuvo que detenerse. Del vehículo se bajaron dos hombres con brazaletes del CTI y cada uno con pistola en la mano, se dividieron y por separado abrieron las puertas traseras del taxi para luego, coordinadamente, abordar a la pasajera. El taxista se alarmó tanto que quiso escapar corriendo, pero cuando iba abrir la puerta, el parrillero de una moto que se le había parqueado al lado se lo impidió apuntándole con un revólver a la cabeza.

—Señora Hercilia, somos del CTI de la Fiscalía. Queda usted detenida, tiene derecho a guardar silencio... —Escuchó el taxista a uno de los hombres de atrás recitando ese cuento de película.

Pero las sorpresas no se habían terminado para Hercilia, le faltaba la tiara a la princesa, y de eso se encargó la mujer de pelo rojo encendido que se subió a la silla delantera al lado del taxista. Mujer que luego de sacar su identificación de la fiscalía se quitó la peluca y se la tiró a la detenida en las piernas.

—¿Maritza? ¿Qué está pasando? —Preguntó Hercilia tan pálida como un difunto a los siete días.

—No se haga Salomé ¿O ya puedo seguir llamándola Hercilia? Ya mi compañero le dijo que está detenida. Usted sabe muy bien lo que está pasando. Es mejor que guarde silencio.

—¡Pero yo no he hecho nada, no se dé qué me están hablando!

—Ahórrese las actuaciones baratas que ya la Chicholina confesó. Hace dos días que está en una celda todo lindo aguantando frío. No creo que vuelva a verlo nunca. Hizo usted muy bien en llamarlo tres veces seguidas.

Luego de esa cinematográfica captura que paralizó los transeúntes, en Manrique todo siguió como siempre. El señor de los aguacates con su megáfono y su carreta siguió despertando a la gente en la mañana, los mariguaneros siguieron haciendo barras en el pasamanos, los borrachos amanecían sin reloj y billetera en las mangas del parque, los enamorados siguieron besándose en las incómodas bancas de cemento, el carnicero siguió pagando sagradamente la vacuna, los niños con un cepillo de dientes viejo lavando la suela del zapato untada de mierda, un abaleado, o dos, o tres en mitad de calle como para no perder la costumbre... La única anomalía fue que la tienda del peluquero no volvió a abrir nunca más hasta que se convirtió en una panadería, y que una semana después del incidente del taxi, salió publicado en el periódico

dico local de nombre ¡QUÉ PASÓ PUES! Un titular que solo por un par de horas desconcertó al barrio pues ya todos lo presagiaban.

HIZO SU AGOSTO CON LAS ALMAS DE SUS CLIENTES

La mujer que tenía como amante a un asesino a sueldo, y quien mandaba a ejecutar a sus víctimas después de haberles vendido los servicios funerarios, también había asesinado a su esposo para quedarse con el lucrativo negocio de la funeraria; de la cual ella misma creaba la demanda. Lo más siniestro del caso es que Salomé, como se hacía llamar la asesina, había denunciado el secuestro de su cónyuge, cuyo cuerpo, después de investigaciones hechas por un agente encubierto, descubrió que había sido picado y enterrado en la plancha del tercer piso...

SAN JOAQUÍN.

Cada vez que el monaguillo y a la vez veterano *Boy Scout*: Bernardo Chamorro, tiraba de la soga para dar los últimos campanazos de la iglesia San Joaquín; doña Consuelo, si es que todavía estaba despierta, se estremecía con el ding dong y su corazón vibraba gracias a las ondas mecánicas que lograban meterse hasta sus sábanas. La señora que se pintaba su cabeza color Violeta de Genciana se había teñido tantas veces el pelo que ya había olvidado su color original. Las arrugas finalmente le habían ganado la guerra a su crema Ponds, y últimamente ya le dolían las rodillas cuando subía a su apartamento en el cuarto piso del edificio La 68. Definitivamente ya no era la misma muñeca de porcelana de hace treinta años. Pero, a pesar de todas esas bofetadas con las que la había castigado el tiempo, conservaba según ella el poder de su sexapil en el lunar de Cindy Crawford que, como el punto de la i, le coronaba el labio en el cuadrante superior izquierdo.

Doña Consuelo de Saldarriaga, más conocida en la parroquia de San Joaquín como doña Conchita, vivía hacía más de diez años en ese edificio de El Chorizo, nombre con el que apodaban localmente al callejón sin salida paralelo a San Juan y diagonal a la

salsamentaria Surti Todo. La edificación de cinco pisos y balcones con capacidad de albergar una planta y dos sillas Rimax, era un ave fénix de ladrillo, resurgida de las cenizas de una antigua bodega donde antes existía un montallantas que voló por los aires; porque, según la misma doña Consuelo, un mecánico había dejado abierta la válvula de un cilindro. Cuando la situación económica se puso dura en su casa, Conchita y su familia tuvieron que mudarse de su amplia vivienda de dos pisos al frente de la iglesia a ese edificio que, aunque estaba en el mismo barrio, parecía dos estratos más abajo. Desde ese día no solo se mudaron ellos, la amargura y el resentimiento también encontraron morada en su aposento.

En dicho apartamento de corredor oscuro, largo y estrecho, muebles de corduroy con descoloridos estampados de flores, sillas esterilladas, adornos de bailarinas, payasos tristes y perros jugando cartas, se acomodaron su esposo, el cajero de banco León Darío Saldarriaga y sus tres hijas, Bibiana, Lina Marcela y Angélica María. Ordenadas aquí de mayor a menor edad. Tres mujeres ya todas mayores que, sin pedirlo, tuvieron que compartir pieza y cargar desde pequeñas con una terrible advertencia que un día les hizo su madre.

Don León Darío, era un actor que, en los graneros, salsamentarias, en el parque y en la iglesia parecía un buen esposo y padre ejemplar, pero que al escondido era un solapado perverso que le tiraba a lo que se moviera sin importar la edad y el sexo. Sin embargo, y a pesar de su talento innato para mentir, este fue desmascarado en casa desde muy temprano. La mujer y sus hijas sabían de sus andanzas y de sus dos o tres posibles hijos que había engendrado por fuera del lecho oficial. Y eso que en su prontuario se daban por comunes y corrientes, entre otros, su gusto por el Brandy Domecq y el bazuco cortado de La Setenta. Y aunque su familia siempre le soportó sus delitos morales con tal de seguir recibiendo el dinero para la casa y conservar las apariencias de una

familia San Joaquinence típica, el chantaje le acarreo el problema de escuchar incontables horas de cantaleta intensiva. Ese era su castigo y su condena. Aguantarse sobrio o enguayabado a su señora con el dedo a fondo sobre el gatillo de la metralleta verbal.

En ese fuego unilateral donde abundaban las balas perdidas, cayeron inocentes como era de esperarse. Una mañana de esas en que Conchita se levantaba a desayunar huevos con alacranes, o más bien, cuando los alacranes le aparecían en forma de una nota olvidada en el bolsillo del pantalón, o manchas rojas de pintalabios en el cuello de la camisa de su marido, en vez de despacharse contra él lo hizo contra sus hijas, con la doble intención de judicializar al individuo y de ponerlas en su contra.

—¡El día en que me muera me desquito de este infeliz! —les dijo furiosa a las tres mientras lavaba los platos de la cocina—. Ese mismo día que me entierren le preguntan al cura Aurelio por la carta.

En aquel entonces las hijas eran apenas unas pequeñas que, atemorizadas, se acuartelaban como ratoncitos en cualquier rincón de la casa para protegerse de la hecatombe. Por eso, no captaron la importancia de la terrible advertencia que, sin quererlo y azuzada por la rabia, entre líneas se le escapó a su madre, quien por fortuna reaccionó y alcanzó a frenar en seco. La excepción fue Bibiana, que por ser la más grande si guardó bien esas palabras en el cajón de sus pensamientos más recurrentes.

Nunca, como era habitual en esa familia, se volvía a hablar de temas como esos ni se planteaban soluciones en la mesa. Cada uno a su cuarto para anesthesiarse con la televisión y en unas cuantas horas pretendían haber vuelto a la normalidad más anormal. Simplemente lo lograban acumulando en lo más profundo de sus vísceras las náuseas que su padre les provocaba. Hasta que un día, Bibiana no pudo aguantar más la patología provocada por el secreto que la venía atormentando por años, y se lo reveló a

las otras dos hermanas con la intención de contagiarlas para no seguir sufriendo sola. Ocurrió mientras se emborrachaban en el matrimonio de una prima, cuando las tres pequeñas ya se habían convertido en adolescentes.

—¿Niñas, se acuerdan el día en que la mamá le descubrió el mensaje en el que una desconocida le decía a nuestro papá, papi te quiero mucho? —dijo la mayor con la voz arrastrada y lenta, pero con el fuego listo para encender la mecha.

—Claro que lo recordamos. ¡Ese día sí que voló mierda al zarzo! —respondió Lina después de levantar la cabeza que tenía apoyada sobre la mesa. —Nunca había visto a mi mamá tan brava.

—Pues sí, y entre toda la cantaleta que soltó esa mañana, dijo que, “el día en que me muera le preguntan al padre Aurelio por la carta”. O algo así. ¿Que será lo que dice la maldita carta esa?

Efectivamente Angélica y Lina recordaban aquella pelea, porque fue la única en la que su madre zarandó a su padre y lo golpeó con un zapato, pero no recordaban haber escuchado esas palabras tan exactas. Y si las escucharon nunca le prestaron la debida importancia, pues en las extensas peroratas de su madre, esta podía decir cualquier disparate traído de los cabellos. La siguiente hora la pasaron sentadas en la mesa especulando como detectives, ninguna quiso bailar Rikarena o Sergio Vargas en la pista porque se empecinaron en lanzar todo tipo de conjeturas sobre su familia. Inclusive cuestionaron el testimonio y la imparcialidad de la mayor por estar pasada de tragos, y porque ella y su madre siempre andaban de pelea.

¿Será que el hijueputa está manteniendo otra familia nueva? Cuento viejo... ¿Será que hay una herencia escondida? Imposible... ¿Será que el viejo es marica? Seguramente... ¿Será que la mamá tendrá mozo? Ja, ja, ja... Y así se la pasaron, creando y destruyendo teorías hasta que llegó el taxi a recogerlas.

Pasaron los días y el asunto quedó enterrado como un cadáver con la mano afuera. Pero al final, Bibiana fue la única que trató de resucitarlo, pues a diferencia de las otras dos, no pudo soportar la cantidad de noches en vela. Por eso, y tal vez manipulada un poco por el insomnio, dos semanas más tarde estaba esperando al monaguillo Bernardo a la salida de la iglesia.

—¡Hola Bernardiiiiitooo! —le dijo a un adulto de cachetes agujereados como la superficie de la luna, canas en las patillas, uniforme de lobato y medias blancas con flecos amarillos subidas hasta las rodillas—. ¿Cómo estás? ¿Tienes un minuto para invitarte a una cervecita?

—Hola señorita Bibiana. Gracias, pero hoy no puedo. Voy de afán para reunión del Jamboree y luego tengo clases de Karate —respondió nervioso, como olfateando una trampa que terminará en atraco.

—Tranquilo Berni, es solo que quiero preguntarte algo del cura Aurelio. ¿Puedo llamarte Berni?

—Yo no sé nada de los cigarrillos —contestó con la voz temblando, mirando fijamente sus cordones y rascándose los codos.

—¿Cigarrillos? ¿Cuáles cigarrillos?

—Los que el cura me pedía que le comprara en La Setenta para fumar en la casa cural con las visitas. Incluyendo a su mamita. Eso es lo que quiere que le cuente ¿verdad?

—¿El cura Aurelio fumaba cigarrillo? Nunca me imaginé que un cura... ¿Cuáles visitas? ¿Como que mi mamita?.

—Perdón señorita, pero tengo que irme, no puedo perder la ruta de la salud, se demora mucho en pasar la otra —explicó evasivo mientras abrazaba su mochila para luego salir corriendo. Casi lo atropella un carro por pasar la calle sin mirar a la izquierda.

La mujer se sintió mal por haberse aprovechado del pobre

Troilo, como le decían algunos de cariño a Bernardo. Sin embargo, la bola de nieve ya iba rodando cuesta abajo.

Al día siguiente, Bibiana se equipó con toda su batería bélica y se fue a esperar de nuevo al monaguillo.

—Hola Berni, cómo estás querido. Hoy no me puede volver a dejar plantada pues mijo ¿Será que hoy si me aceptas la cerveza? ¿Un cafecito? Deja de ser tan picado pues. ¡Está muy creidito! — le preguntó sobornándolo con sus senos casi descubiertos.

—Yo, pues. Este. Yo. Si. No. Mejor dicho. Si. Me tengo que ir. Tal vez mañana... —respondió haciendo un esfuerzo por quitar la vista del escote.

—Tranquilo que es solo una cerveza. Venga que yo no muerdo —insistió Bibiana con su sonrisa de caballo que le dejaba ver las amalgamas, a la vez que sin autorización lo tomaba del brazo.

Sentados en una cafetería del barrio llamada El Mordisco, Bibiana con sus embelecos y patrañas logró hacerle creer al cándido monaguillo que, en el pasado, él había sido el amor platónico de su vida. Que solo por verlo a él voleando el incienso es que ella iba a las procesiones. Así, con esa escueta estrategia y con el pretexto de que quería conocer más de sus labores cotidianas como ayudante de la iglesia, fue que en varias ocasiones se metió en la casa cural buscando evidencias en los cajones privados del cura Aurelio.

Mientras el monaguillo lavaba las copas del vino, planchaba la sotana y organizaba las hostias en una bandeja, esta buscó y buscó hasta que encontró una caja de galletas metálica, donde finalmente descubrió las cartas. Una de ellas tenía la letra y firma de su madre:

Estimado Aurelio:

Nuestra hija ha crecido bastante este último mes. Entiendo y

he aceptado que nunca vamos a poder estar juntos, por eso he decidido que lo mejor es dejar de vernos. Creo que mi marido ya está sospechando algo. Pero quiero decirte que hoy cuando la bautizaste, pude ver sus ojos reflejados en los tuyos. Gracias por dejarme escoger el nombre de tu madre para nuestra niña, creo que Lina Marcela le quedó hermoso.

Por ahora solo me entregaré al destino y luego dejaré que el tiempo y mi corazón me digan que debo hacer. Por lo menos me queda el consuelo de tener siempre a mi lado el fruto de nuestro amor prohibido. Cada campanazo de la iglesia será un beso y una caricia tuya, eso me hará feliz. Siempre te recordaré cada vez que vea sonreír a nuestro retoño. Que Dios y la virgen te acompañen.

Siempre tuya.

Conchita. 

LA AMÉRICA.

El Boti, como apodaban a Wilmar Ferney Gómez desde que era un culicagado, se azaró tanto cuando su mamá le tocó la puerta, que estuvo a punto de escupir el corazón por la boca antes de saltar por la ventana. Su mente y cuerpo ya rendidos habían sucumbido ante el ataque de nervios y la angustia que lo asolaban. Sin embargo, seguía tomando bocanadas grandes de aire para intentar recuperar la calma y comportarse como si nada hubiera pasado.

—Toc, toc, toc. ¿Mijo se encuentra bien? Ya está la comida. Su hermano me dijo que lo vio entrar corriendo con una camiseta del Nacional toda apretada. Que parecía un tamal con patas. ¿Y dónde dejó la moto que no la veo ahí parqueada? ¿Otra vez borracho?

—Tranquila cuchita que no pasa nada, todo bien. Deme unos minuticos que ya bajo, es solo que llegué un poquito mareado del partido. ¡Cual camisa del Nacional! ¿Ese marica es que está loco? —dijo con la voz afónica y entrecortada—. Y dígame a ese visajoso que deje de ser tan metido. Sapo.

Fue paradójicamente el timbre de la voz de su madre, la única

medicina que lentamente le ayudó a recuperar la calma.

Aún con las piernas y manos temblorosas como las de un venado recién nacido, y observando las marcas de sangre que le bajaban por sus brazos como unos riachuelos secos en verano, se fue a buscar el aire nocturno de la ciudad a través de la ventana del zarzo que había convertido en su oasis en medio de la árida terraza. Una monótona plancha de concreto, adornada solo por dos rejillas de desagüe, donde apenas rompían el silencio de la noche un par de sábanas que ondeaban colgadas en alambres, y cuyo olor a Soflan impregnaba el aire que tanto necesitaba El Boti.

Aquel zarzo compuesto por cuatro paredes de ladrillo mal pegados con argamasa, un decrepito techo de asbesto a dos aguas, y que tenía por revoque interior afiches y banderas del Deportivo Independiente Medellín, era una madriguera mal oliente invadida por humedades, pero que, a pesar de sus defectos, el Boti la amaba por ser cómplice incondicional de borracheras y trabas. Pero, sobre todo, porque a pesar de su similitud con una celda colombiana, dicho cambuche poseía una vista privilegiada, pues desde la ventana se podían ver nítidas las luces del Atanasio elevando sus rayos blancos hasta alcanzar las tinieblas de la bóveda celeste. Y esas potentes lámparas de mercurio halogenado eran importantes, porque siempre le ayudaban a recordar su imagen predilecta: las porterías y el prado verde que veía en primer plano cuando salía de las escaleras interiores del estadio a ver la cancha.

Esa predilecta condición geográfica El Boti se la ganó de pura suerte, porque ese zarzo, que a la vez era su pieza permanente, fue construido sobre el último piso del edificio con cinco niveles que compartía una escalera, y en el cual de generación en generación se habían venido cediendo el aire los miembros de la familia cuando se casaban. Así fue como aquel mamarracho se fue elevando lentamente sobre las tejas de las casas coloniales habitadas por obreros y campesinos retirados.

La edificación levantó sus primeras columnas cuando el bisabuelo del Boti construyó con sus propias manos una modesta casa sobre la Carrera 87C, colindando con el barrio La Floresta. Luego, cada uno de sus hijos y yernos fueron adicionando sus casas sobre esta, como armando bloques de Estralandia. De un solo lote se levantó en cincuenta años con permisos chimbos, un esperpento que violaba todas las reglas urbanísticas expedidas por los tinterillos que del tema no sabían nada. El Boti, a quien su madre le dio la plancha adelantada por pesar, pues no veía ninguna argolla de compromiso en el horizonte, fue el último en colaborar poniéndole esa horrible cabeza al ya existente Frankenstein. Debido a sus continuos fracasos económicos solo pudo comprar materiales de segunda mano para construir esa monótona caja de ladrillo, que desvalorizó aún más la casa. No era pues por capricho, que sus amigos de cariño apodaran ese zarzo: "la pieza del tío suco".

Esa mañana del día en que Wilmar casi vomita el corazón con todo y tripas, se levantó cargado de energía a pesar de no haber podido dormir las dos noches anteriores. Siempre lo desvelaban los clásicos de la montaña, pero nada como el que se jugaba esa tarde. El encuentro más importante de la historia, puesto que se enfrentaría por primera vez el Rojo y el Verde en la final de la liga. El partido no se trataba solo de conseguir la gloria, humillar el rival y levantar la copa, para el Boti se trataba de un día donde se jugaría el honor y su puesto como jefe de la barra: La Murga Roja.

Él se había convertido en un hinchita fiel del Rojo desde que cumplió siete años, mínima edad permitida para entrar a la tribuna Oriental del estadio. Al día siguiente de ese cumpleaños, su ahora difunto padre lo llevó a la barra La Puteria Roja y cantó todos los himnos cargándolo en sus hombros. Fueron tiempos que jamás olvidaría y cuya nostalgia lo confundieron, hasta el punto de hacerlo jurar que no le importaría dar su vida por la camiseta del Equipo del Pueblo. Creció en medio de toda la parafernalia y propaganda

roja, insultando jugadores, brincando en la tribuna, voleando la bandera, escuchando notas de trompetas, el golpeteo del redoblante y la cadencia de los bombos, comiendo arroz con pollo con la cédula de su padre, orinando en vasos plásticos, metiendo guaro de contrabando, lanzándole las pilas del radio al árbitro, y sobre todo, su recuerdo máspreciado: elevando la cometa roja con el escudo del Medellín desde lo más alto de la tribuna y que después de templar la pita él amarraba de la baranda, para luego, como por capricho de los dioses, dejarla todo el partido en el aire meneándose sola como un estandarte de seda de alguna legión persa. Fue una cometa hexagonal que le fabricó su padre con palos de madera sacados de cajas de mangos, y que le regaló ese mismo cumpleaños número siete. Ese artefacto mágico fue tal vez su único y máximo orgullo de la vida, pues en todos los partidos la gente esperaba ansiosa ver volar la famosa cometa, y cuando esta se elevaba, había júbilo y aplaudían las cuatro tribunas al unísono; él pensaba que era más importante que el cotejo mismo, sentía que los cincuenta mil espectadores eran sus admiradores.

Pero esos días alegres también germinaron el odio por el color verde y todo lo que representara al Atlético Nacional. Después, en su tardía adolescencia, impulsado por el delirio y embriagado por la nostalgia, juntó otros quince pelagatos del colegio Pascual Bravo que de alguna u otra forma también buscaban desahogar sus frustraciones. Todos tocaban los tambores en la banda de guerra del colegio, y así conformaron su propia barra, luego con perseverancia y sobornos consiguieron un espacio importante en la tribuna Norte. Pero para este histórico clásico de la montaña, esos quince párvulos de larga cabellera y sombrero de Don Ramón, ya se habían convertido en poco más de ciento veinte con el Boti al frente, e iban a vengarse por lo ocurrido en el pasado encuentro, donde la barra de la tribuna del frente los había correteado por La Ochenta y les habían quemado sus trapos más sagrados. Incluyendo la descolorida bandera que su padre levantaba desde que estaba en la Puteria Roja.

Por eso, esa mañana mientras desayunaba con un café cargado para mantenerse alerta, y su mamá le mencionó algo de su hermano sin aparente relevancia (que había comprado unas medias o unos zapatos verdes) él contestó con rabia: “Primero muerto antes que ponerme alguna porquería verde. No entiendo como hace ese zoquete”.

—Cuidado mijo hoy con ese partido. Yo lo veo como muy nervioso y alebrestado, no estará metido en esos pleitos de barras ¿Cierto?

—No Mita, tranquila que todo bien. Además, si me matan en una murga, no me importa morir como un mártir, así pinto de rojo la calle con mi sangre. Como mi equipo del alma se lo merece — respondió mientras que con el puño derecho se cogía y arrugaba la camisa a la altura del corazón.

—Deje de ser pendejo, Wilmar Ferney. ¡Se la fumo bien verde! ¿Qué se está metiendo ahora? No diga esas bobadas ni en chiste. Madure culicagado que usted ya está muy viejo para andar en esas estupideces. Eso no fue lo que le enseñó su papá. Póngase a trabajar como su hermano mas bien. Coja oficio.

Lo que ella no sabía, aunque con su instinto de madre presentía, era que, sin importar el marcador final, las barras rivales ya habían acordado encontrarse a la salida del estadio para enfrentarse y saldar la deuda pendiente. Por eso, cuando Wilmar se apretó la camisa, a su vez estaba empuñando con la otra un puñal oculto en el bolsillo. Cosa que lo sorprendió inclusive a él pues se dio cuenta de la sevicia que lo dominaba.

El partido comenzaba a las siete y treinta de la noche, pero debido a los preparativos, Wilmar ya se había montado en su moto V80 a las dos de la tarde para bajar al estadio y dejarla en un lugar reservado por un amigo que trabajaba parqueando carros dentro de El Obelisco. Desde ese momento todo fue un vértigo interminable. No logró probar nada de comida durante el día, solo pudo

tomarse un par de cervezas con pastillas, porque hasta los guaros que tan bien le caían le provocaron mareos y una intensa agríera.

Saltar de nuevo como aquel niño de siete años en la tribuna y cantar hasta romperse la garganta le ayudó un poco a liberar la sobredosis de adrenalina que no conseguía administrar con otros calmantes. Pero cuando sonó el pitazo final y se anunció el triunfo rojo, el Boti, lleno de abrazos, felicitaciones por el triunfo, celebración y cubierto en llanto de alegría, no pudo disfrutar plenamente del momento por el cual había estado esperando toda su vida. La tensión de la pelea que se asomaba literalmente a la vuelta de la esquina no lo dejó tranquilo ni un instante, y el triunfo de su equipo terminó convirtiéndose en una pesadilla. Aquel barriista bravo, como el mismo se autodenominaba con orgullo, quiso dejar de serlo y simplemente pasar la carta de renuncia. Extrañó profundamente irse para su casa a celebrar con su madre como cualquier hinch de la cuadra, o tal como su padre lo haría.

Pero, a pesar de todo lo planeado, todo lo que el Boti recuerda después de salir del estadio fue la interminable violencia. Inmediatamente cruzó la puerta de metal, le llovieron golpes de la policía, patadas de caballos que parecían monstruos gigantes, gases lacrimógenos, gritos de dolor y desespero, llanto, sus oídos pitando gracias a las detonaciones y él perdiendo el equilibrio un par de veces. Atrapado en el frente de batalla, entendió tarde que, al fin de cuentas, a nadie le importaba el honor, ni el orgullo, ni la gloria. De todo lo que se trataba esa experiencia era simplemente una cuestión primitiva de supervivencia.

En medio de la confusión y justo antes de llegar al Obelisco, recibió un ladrillazo en una oreja, eso lo derribó al instante. Cuando trató de levantarse, nadie lo ayudó, parecía que entre el humo blanco y las explosiones su vida valía un peso, y él se había vuelto invisible. Solamente advirtieron su presencia los hinchas verdes que, aprovechándose de él en el suelo, comenzaron a patearlo como a un saco de arena. Pero para suerte suya, otra arre-

metida de gases lacrimógenos logró esparcir la gente, entonces, tambaleándose pudo llegar hacia la entrada del centro comercial para recuperar su moto y salir de aquella masacre. El problema es que en ese lugar fue donde comenzaron a acuartelarse los hinchas rivales.

Cuando subió corriendo las escaleras eléctricas buscando escape, escucho los vidrios de los locales romperse a sus espaldas y los hinchas robando las tiendas, aprovechó entonces la distracción para subirse a un ascensor que vio como su única oportunidad para subir y sacar la moto. Entró sin problema, y apenas vio que la puerta iba a cerrarse y él a salvarse, una mano interrumpió el mecanismo y se volvió a abrir la puerta. Él comenzó a hundir el botón un millón de veces. Luego, entró un joven como él, alrededor de los treinta. Otro barrista con la camisa que el Boti tanto se jactaba de odiar con tanto ímpetu. El hincha del verde también estaba herido y al parecer venía buscando refugio.

A ese ridículo espacio de cuatro metros cuadrados los confinó el destino y la muerte cuando se cerró la puerta del ascensor. El aparato se detuvo unos segundos, porque en su afán por salir de allí, ambos apretaron todos los botones bloqueando por un momento el movimiento de las poleas y los cables. Wilmar se quitó la camisa roja y se la amarró en la muñeca para protegerse. Algo parecido había visto en las calles de Medellín un par de veces. Luego sacó también su puñal con esa sevicia que lo tenía poseído. Todo ocurrió en pocos parpadeos, y según Wilmar comentaría luego en la corte, no lo hizo por defenderse, fue el diablo el que lo impulsó a hundir más de veinte veces su puñal en el cuerpo del oponente.

El hombre quedó en el piso inmóvil, Wilmar podía ver la sangre saliéndole de los agujeros en el estómago, adentro del ascensor se podía oler el hierro de la sangre. La puerta del ascensor se abrió en un piso cualquiera que el atacante no recuerda, afuera vio la muchedumbre, todos con camisetas verdes. Entonces no

tuvo más opción, el ascensor no respondía y estaba atrapado en territorio ajeno. Le quitó la camiseta verde al difunto, se la puso contra todos los pronósticos que alguna vez hubiera podido hacer en su vida, cubrió el cuerpo en el piso con su camiseta roja, y salió del ascensor corriendo para confundirse entre los verdes.

LA NUEVA VILLA de ABURRÁ

Carlos Andrés Roldán, más conocido en la Villa como el Chori, acababa de llegar del colegio con los dos mil pesos de la lonchera intactos. Un solitario rostro del general Santander impreso en papel moneda, alumbraba cada vez que este abría el bolsillo de su LeSportsac para contemplarlo como a un diamante. Había aguantado hambre toda la semana, y se la pasó pidiéndole bocados de comida a sus compañeros de clase, racionados estos en pequeñas porciones por el pulgar de quienes con renuencia y mala cara con suerte los compartían. Al final de aquel viernes lo tildaron de hambriento y angurrioso. Pero eso poco le importó al Chori, porque ese billete lo necesitaba para apostarle a *Wonder Boy*. La última maquinita que había llegado a Brincos.

En mitad del segundo recreo estuvo a punto de sucumbir ante la tentación de los croissants recién horneados y de los brownies con helado que veía salir de la cafetería. Sin embargo, su misión estaba clara, derrotar a Mauro Gamín, el actual campeón y rey de todas las maquinitas. Versaba la leyenda que este era capaz de vencer cualquiera de las computadoras con máximo dos monedas. Inclusive se comentaba que *Wonder Boy* y *Street Fighter* ya los había pasado un par de veces conservando intactas las tres vidas.

Wonder Boy era el video juego que atraía más público a Brincos de La Setenta; en la pantalla, el protagonista, que era un pequeño niño gringo en calzoncillos, andaba por bosques y praderas esquivando obstáculos con sus piernitas que nunca paraban de moverse. En su recorrido iba rompiendo unos huevos gigantes de dinosaurio donde encontraba una patineta. Ese detalle era lo que más había cautivado al Chori.

Brincos era una bodega localizada estratégicamente frente a helados Mimo's, a media cuadra de La Setenta y sobre la misma acera de Mil Vanidades. El lugar era reconocido fácilmente por su logo en la entrada, que era un descolorido canguro saltando con su bebe en la bolsa. En el interior de dicha bodega había unas treinta lonas negras con resortes para brincar y una hilera de más de veinte maquinitas. Todo el espacio estaba cubierto por cerchas y un techo azul metálico, y en las paredes había ventanas protegidas con las mismas varillas con las que se construyeron las cerchas. Un forastero podría confundirse fácilmente y creer que se trataba de un parqueadero.

Lo que siempre ocurría cuando traían una nueva maquinita a ese expendio de vicio, ocio y alegría, era que la acaparaban los mayores, en especial Mauro Gamín, un zarco, alto y flaco, que lucía una plancha perfecta, hecha y pulida cada semana en la Barbería Colombia y que solo los viernes, cuando también se echaba su perfume Azzaro, se la cubría con su gorra de Mongoose, cuya novedad eran las dos colas de tela ajedrezada que le arropaban el cuello. Ese adolescente de bigote que parecía más bien un frenón de llanta, además de vender revistas pornográficas usadas, ser un saltarín excepcional en las lonas y un maestro en los video juegos, cargaba un trabuco hechizo de un tiro que algunas veces se lo dejaba ver a "los pelaitos" que prácticamente vivían bajo ese techo azul. Y para completar sus tiernas peculiaridades, andaba por las calles de San Joaquín, Mierda Caliente y Laureles picando su bicicleta de amortiguadores traseros y rines de teflón, mientras

se fumaba un Piel Roja sin filtro. Era como un osito de peluche con el diablo adentro. Por todas esas características especiales, este se había convertido en toda una leyenda para sus seguidores como el Chori. Era un dios invencible y ejemplo para las nuevas generaciones.

Pero lo que él ni nadie imaginaba, porque era un secreto bien guardado por el Chori, era que, a la vuelta de Brincos, justo al frente de La Candelaria y apenas en sus narices, habían abierto un pequeño local de maquinitas dentro del Centro Comercial San Juan. Quedaba en el segundo piso y el Chori lo descubrió por casualidad, pues al no haber encontrado un casete de cromo en El Diamante para grabar un concierto de *Guns and Roses* que transmitirían por la radio, entró a probar suerte en ese edificio que era poco atractivo porque estaba lleno de oficinas. Y entonces encontró su propio oasis. El lugar se llamaba Video Galaxy, y el santo grial era una maquinita de *Wonder Boy* que permanecía solitaria, allí no se tenía que hacer fila para jugar ni estar temeroso de que los grandes se robaran las monedas. Sus ojos casi derraman un par de lágrimas cuando al cruzar por primera vez la puerta, escuchó el sonido característico de los sintetizadores.

En ese lugar había estado practicando a diario, al punto que comenzaron a extrañarlo en Brincos. El Chori también tenía una reputación importante, poseía un talento innato para entender los videojuegos, y su habilidad con los dedos y reflejos eran sorprendentes. Así que, en cuestión de unos dos meses, Mauro Gamín y el Chori se habían vuelto archi rivales. Hacían reñidas competencias en las cuales siempre perdía el Chori, y no por ser peor, solo que por el miedo que le tenía a Mauro Gamín se dejaba ganar mostrándose sorprendido por sus inesperados errores.

Una semana antes de que el Chori ahorrara su billete de dos mil, su padre había tenido una seria conversación con él sentados en el mueble de su pequeño apartamento. Ubicado este en La Villa de Aburra y desde el cual se veía la escultura de los obreros

tallados en bronce. Le habló de sexo, de mujeres, y de las preferencias sexuales; en general resaltó que había que ser valiente y enfrentar los miedos, luchar por lo que se quiere, y que por más severo que fuera el castigo, uno siempre debería ser quien es sin aparentar falsedades, perseguir los sueños y obedecer a los gustos del alma y a los instintos. Inclusive algo le dijo sobre los homosexuales.

Esas palabras que el Chori a sus escasos doce años poco pudo comprender, porque parecían más bien confesiones de su padre, le dieron la fuerza para finalmente enfrentar en un juego final a Mauro Gamín y demostrarles a todos quien era el verdadero número uno jugando *Wonder Boy*. Entonces, apenas llegó del colegio aquel viernes descargo su mochila en la cama, y sin cambiarse el uniforme cogió su bicicleta Arbar, y se fue envaletonado bajando la treinta y tres en la misma dirección de los carros. Bajó a toda velocidad apenas tocando la palanca de los frenos con el índice, inclinando su cuerpo hacia adelante y asomando la cabeza sobre la barra del manubrio. Quiso haber tenido la gorra de Mauro Gamín para que el viento le levantara las colas como la capa de un superhéroe.

Cuando por fin llegó a su santuario, encontró a toda la gente de siempre. Estaba Mauro Gamín, por supuesto, pero también estaba El Mono, Willow, La Rata, Chaolín, Cuerpo e' Bolis, Mordillo, El Mello, Pollo, El Vampiro, Pelo e' Coco, Gargamel, Sancocho y otros mayores a los que no les conocía bien el nombre y que venían en ocasiones solo a hacer raras transacciones. Entonces, siguiendo con su plan, tímidamente se acercó a Mauro Gamín, y en frente de todos los que estaban reunidos alrededor de *Wonder Boy* le dijo que si quería apostar sus chelines. Entonces solo se escucharon los sonidos de las maquinitas y de los resortes. Al Chori le pareció que se había detenido el tiempo hasta que aparecieron las predecibles carcajadas nerviosas de los espectadores. Sin embargo, el párvulo con valentía se echó la carga al hombro e ins-

pirado por lo que fuera que le hubiera dicho su padre se froto el escapulario del tobillo y comenzó la competencia más inolvidable de la historia.

El juego duró casi una hora sin espacio para parpadeos o desconcentraciones, al Chori le dolían los dedos, había sacado ampollas y le ardían los ojos rojos. Mauro Gamín, quien trataba con notable esfuerzo de aparentar la calma, no podía controlar la presión al ver que indudablemente sería derrotado. Por eso, faltando no más de un minuto para terminar el juego, Mauro le dio la señal a Cuerpo e' Bolis, uno de sus esbirros más lambones, y este desconectó el cable del tomacorriente. Apareció fugazmente una delgada línea horizontal de color verde en el centro de la pantalla, y luego esta se puso negra. Los dos competidores se pudieron ver los rostros reflejados en ellas.

A pesar de la trampa tan evidente, en el imaginario de los presentes se quiso hacer creer por parte de Cuerpo e' Bolis que todo había sido un accidente, y Mauro Gamín, con el cinismo que caracteriza los reyes, le dijo al Chori que lo sentía mucho, pero que su triunfo había sido evidente. Por la fuerza le metió la mano al bolsillo trasero del pantalón, le sacó la billetera y le arrebató el diamante. Sin embargo, El Chori dibujó una sonrisa provocada por una satisfacción que le emanaba de su vientre.

El Chori se fue de allí como otro perdedor más de viernes, pero reconocido en la oscuridad como un gran héroe. El Palestino que con una piedra detuvo un tanque. Su alegría fue tan grande que ni siquiera quiso montarse en la bicicleta, se la llevó empujada por los parques de Laureles, caminando a paso lento, disfrutando de su trofeo invisible, del barrio, de los árboles gigantes y de los andenes rotos. Iba caminando sobre las nubes y recordando aquellas palabras de su padre.

Cuando por fin llegó a su casa, tocó la puerta, y le abrió su madre que para su sorpresa estaba llorando inconsolablemente,

sus mejillas estaban emparamadas de lágrimas; difícil discernir si bajaban cargadas de rabia o tristeza. El Chori le preguntó qué ocurría, pero al no recibir una respuesta, pensó gracias a su inocencia que su llanto se debía a que estaba preocupada por él y quiso explicarle que estaba en Brincos, saltando y jugando maquinitas como siempre. A continuación, para intentar robarle una sonrisa, quiso contarle del triunfo y su batalla épica. Pero su madre lo sentó en el mismo sillón donde hacía un par de semanas se sentó con su padre y le explicó que este se había ido de la casa. Que finalmente tuvo la valentía necesaria para salir del closet.

BELÉN RINCÓN.

Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hasta que me ponga en paz y alegría, con todos los santos, Jesús, José y María. Rezaba doña Josefina cada noche antes de acostarse. Pero esa noche en particular lo hizo más despacio y en voz alta pues a su lado izquierdo del colchón, junto a la pared donde colgaba el cristo tallado en madera, dormiría su nieto Aldemar. A él como a su hermano Jeison les encantaba dormir con la Mamita, como de cariño llamaban a su abuela materna. Por eso, debían turnarse las noches a su lado, un día Aldemar, un día Jeison, un día descanso para la abuela y luego se repetía el ciclo hasta que esta muriera o hasta que los dos estuvieran lo suficientemente grandes como para avergonzarse de dormir con ella. Aldemar con nueve años era el mayor, Jeison acababa de cumplir los siete y Mamita los ochenta y dos.

La cama era dura como una piedra, pues la abuela alegaba que los colchones blandos eran los culpables de las columnas torcidas y los dolores de espalda en general, y esa tela blanca de rayas azules paralelas, rellena como muñeco de treinta y uno con paja, retazos de tela, algodón y ácaros le disgustaba a Aldemar de sobremanera. Sin embargo, este se aguantaba la incomodidad del

lecho, con tal de compartir el lugar que hacía quince años dejó de ocupar el electricista de profesión, Heriberto Rincón. Abuelo que lastimosamente nunca conocieron los hermanos Mosquera, pues un transformador de Fabricato que reparaba de emergencia le explotó en la cara como a un policía antiexplosivos que cortó el cable rojo.

Esa noche, como de costumbre, la abuela se puso la batola blanca de hospital que usaba como pijama, se quitó las aretas frente al espejo del tocador lleno de carpetas bordadas y de porcelanas remendadas con pega loca más de dos veces. Llamó a su nieto para que viniera a acostarse, rezó con él al unísono, apagó la luz, se quitó la caja de dientes para meterla en un vaso lleno de solución salina que tenía en el nochero y sacó la bacinilla debajo de la cama para llenarla con la última descarga del día. Luego, con cautela para no quemarse con el líquido caliente, volvió a meterla debajo de la cama para aromatizar la pieza.

Para ese instante, Aldemar que ya estaba pasado de sueño y de cansancio por haber jugado dos partidos de fútbol seguidos, apenas lograba arrullarse con el chorro de líquido llenando el vacío, antes de quedar completamente profundo.

Luego, en algún momento indeterminado de la noche, se levantó asustado, sin entender bien en donde estaba y con el corazón latiendo a paso acelerado, creyendo que se trataba de una pesadilla. Cuando sus ojos lograron adaptarse a la oscuridad de la noche, pudo distinguir la silueta de su abuela frente a la cama, y ya entrado en razón, entender lo que ese espectro blanco trataba de decirle mientras se ponía la caja de dientes.

—Mijo, mijo. Aldemar. Levántese mijo —le insistía la voz de su abuela murmurando —estoy escuchando ruidos raros en la terraza. Se nos metieron.

Con esa primicia de última hora terminó de despertarse, y entendió que debía apurarse porque no se trataba de ninguna pesa-

dilla. Con la poca ayuda de la tenue luz de la madrugada que se colaba por las rejas del patio y por la ventana a la que le había quitado las persianas, logró ver cómo su abuela abría el escaparate, y de lo más profundo de un cajón, como si se tratara de un agujero negro, sacaba mil objetos y papeles para finalmente empuñar lo que parecía ser un revolver. Eso hizo que Aldemar se levantara recto y se frotara los ojos para limpiarse las lagañas.

—Apure pues que a bala es que vamos a sacar de aquí esas ratas —le dijo su abuela cariada por el poder del arma. Así salieron ambos de la pieza, él detrás de ella ocultándose tras la jurisdicción de la bata blanca.

La casa donde vivían sobre la calle 2B, apenas lograba separarla del asfalto una angosta acera, de la cual había que bajarse para pasar el carrito de acero inoxidable donde Gladis vendía jugos de naranja con borojó, zapote y tarrito rojo JGB. La casa de tres pisos estaba ubicada una cuadra arriba del Centro de Salud Belén Rincón y diagonal al puentecito de barandas amarillas que atraviesa la quebrada La Pabón. Al frente de la terraza, se podían ver las copas de algunos árboles de mangos, de miadoras, de to-tumos y un guayacán que sobrevivieron a la deforestación y a los frecuentes desbordamientos de la quebrada.

La abuela vivía en el segundo piso con Álvaro Guillermo, el tío desempleado del cual se sospechaba era marica, pero nadie lo decía. Por eso Josefina decidió dejarlo acostado, no quería que con uno de esos ademanes raros y su gritería terminara espan-tándole la presa. Además, a decir verdad, con el treinta y ocho cargado y empuñado, el marica y sus nervios serían un estorbo. En el primer piso vivían de arrimados, Aldemar, Jaison y Maritza, la madre de ambos. De su padre se murmuraba que cumplía una condena en Bellavista. Y el tercer piso era simplemente la terraza, allí se extendía la ropa y se guardaban los reblujos en un pequeño cuarto cuyo techo de madera estaba a punto de desplomarse, pues las vigas se las habían devorado los abejorros.

Josefina se puso las chanclas plásticas con destreza, Aldemar se levantó descalzo y tocó las baldosas frías que su abuela tanto detestaba porque las culpaba de causar enfermedades que trepaban por la planta de los pies. Caminaron por el corredor y la cocina en las puntillas, como si estuvieran haciendo un allanamiento de morada. El capitán era un encorvado fantasma blanco, y el policía un tembloroso enano a punto de orinarse por el miedo.

Lo primero que había al salir de la pieza, era un sillón de cuero café que se reclinaba sacando de la nada un soporte para descansar las piernas, a su lado la nevera, y luego una cortina que simulaba ser la puerta para entrar a la cocina; al fondo estaba el patio donde habían colgadas una trapeadora y una escoba de madera, una poceta hecha en piedra y una ponchera plástica debajo de ella. Si se giraba a la derecha del corredor estaba la mesa del comedor con un radio y unas frutas falsas, un mueble viejo de dos puestos que, sin éxito, intentaba hacerle juegos a la reclinadora, el televisor con antena y una mecedora de esterilla curtida. Si se giraba a la izquierda del corredor estaban las escaleras para subir a la terraza, la sala, las escaleras de salida, la pieza de Álvaro, y para finalizar el recorrido, una ventana de celosías y una puerta gris ratón por la cual se accedía al balcón.

Anciana y nieto giraron ambos a la izquierda, pero antes, Aldemar se despegó como un náufrago de su pedazo de madera, para ir a coger el radio que había en la mesa del comedor. Por algún instinto oculto creyó que esa cáscara metálica donde todas las tardes escuchaban Montecristo podría servirle de defensa. Luego volvió apurado para aferrarse a las enaguas de la abuela.

En silencio subieron las escalas, y Aldemar escuchó de nuevo los sonidos en la terraza. En ese momento se le escaparon un par de goticas calientes que sintió bajando por el muslo para desaparecerle en las rodillas, el pobre se aferró con sus manos sudorosas de tres tubos verticales que servían de protección y decoración al costado de las escaleras. —¡La bicicleta abuela!— se le escapó

esa frase cuando se acordó que allí en la terraza guardaba Álvaro su transporte dominical para la ciclovía.

—¡Dejá la bulla cagón! Shhh —le dijo la abuela mirándolo con dos huevos fritos en vez de ojos y con el índice en la boca haciendo la señal universal de silencio.

Apenas llegaron a la puerta gris por donde se sale a la terraza, la abuela pegó el oído en la madera, y Aldemar vio que con el pulgar jaló el martillo del revolver para activar el mecanismo. Después de analizar los sonidos en la terraza y adivinar que efectivamente se trataba de un ladrón, Josefina quitó el pasador de la puerta y luego apretó con mano firme la chapa esférica. Mientras tanto, con una de sus piernas le ordenó a su nieto que se alejara, como si se tratara de un fastidioso cachorro velando por comida.

Abrió de un solo golpe seco, y el cuadro que alcanzó a ver Aldemar gracias a los fogonazos de la pólvora le quedaron grabados en la memoria: el ladrón parado al borde del muro trasero de la casa inclinando su cuerpo hacia atrás para alivianar el peso, tratando con ambas manos de sostener lo que parecía ser una cuerda. Luego, el otro fogonazo del cañón apuntando a la cabeza y una explosión de polvo provocada por el impacto del proyectil en el ladrillo, y por último la sombra del ladrón saltando hacia el vacío.

—Cójnalo, cójnalo, ladrón, ladrón —Gritó la abuela.

Ambos se movieron lentamente hacia el muro, pensando que iban a verlo en el piso agonizando y con la cabeza reventada. Eran tres pisos en caída libre, pero para sorpresa de los cazadores lo único que encontraron fue la bicicleta con una llanta doblada y a la presa tratando de escapar corriendo.

El ladrón, a quien le fracasó su plan y solo consiguió partirse una pierna, venía saltando de terraza en terraza hasta que encontrara algo que valiera la pena. En el barrio las casas siamesas compartían paredes y terrazas, cualquiera con la mínima destreza de

subir y bajar un muro de dos metros podría pasearse una cuadra entera saltando de casa en casa como un gato nocturno.

Esta vez el hombre se detuvo por la bicicleta, y como encontró las persianas de la habitación de la abuela en el piso descompuestas, les sacó las cuerdas con la que se operan los piñones internos y las utilizó para bajar el botín por el muro que da a la calle. Sin embargo, nunca se imaginó el desdichado un treinta y ocho escupiéndolo en mitad de su maniobra. Por eso, empujado por el miedo a dejar sus sesos esparcidos en la terraza, no tuvo más opción que soltar la bicicleta y lanzarse a las fauces del destino.

Apenas un par de luces de las casas vecinas se encendieron con el ruido. En el barrio era tan habitual el sonido de las balas en la madrugada como el canto de los pájaros. Salían más al balcón y a las ventanas cuando pasaba el carrito de helados. Cuando abuela y nieto bajaron al segundo piso, Álvaro estaba en pijama parado detrás de los tubos de las escaleras pálido e impávido, preguntándole a su madre que hacía con esa pistola en la mano.

—¡Cual pistola! es el revolver de su padre. ¿No sabe la diferencia?

—¿Pero qué paso ma? ¿Se metieron los ladrones? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Apure a ver pa fuera que ahí está tirada su bicicleta.

Álvaro y Aldemar salieron y regresaron con ella al hombro, tratándola como a un herido después de un terremoto. Luego sonó el timbre de la casa y subió Jaison con su madre a investigar qué era lo que pasaba. Pero el susto ya había pasado, y el incidente fue transformándose rápidamente en anécdota. La abuela prendió la cafetera, destapó un paquete de Ducales y sacó la leche de la nevera. Cuando ya entre la risa nerviosa que dejan los sustos se disponían a dar el primer sorbo de café con leche, volvió a sonar

el timbre. Todos en rebaño se fueron al balcón a ver quién tocaba la puerta.

Abajo estaba el celador del barrio, en una mano sostenía su escopeta y en la otra traía un hombre arrastrado por el cuello de la camisa.

—Doña Josefina, buenos días. ¿Era esta la porquería que se le estaba metiendo?

—Sí, ese es —y apenas contestó la abuela, el celador entendió que le había dado la orden para darle una patada en la entrepierna.

El ladrón no lograba ponerse de pie y se aquejaba de sus dolencias, entonces se puso a llorar y a pedir clemencia de rodillas, reclamando que llamaran a la policía. Él sabía que en el barrio operaba otra clase de justicia.

—Ya bajo —le dijo la abuela a su familia —espérenme aquí que ya regreso.

La abuela tardó unos diez minutos hablando con el celador y el delincuente, el resto de sus parientes la esperaron en la mesa tomándose el café y mojando las galletas. Cuando la vieron regresar todos quisieron indagarla y lanzaron mil preguntas a la vez, pero ella no contestó ninguna, y sin ningún afán sirvió un poco de café en dos vasos desechables y le untó mantequilla a un par de panes.

—A ver Álvaro, ayúdeme a bajar esos dos cafés para darle también al desgraciado ese, que al parecer se jodió la pierna.

MIERDA CALIENTE.

Al desafortunado del Negro le habían puesto varios apodos desde que se mudó a Medellín hacía ya más de diez meses. Nadie le sabía el nombre. El More le decían de frente y Trompe llanta, El Quemao, Memín, Bembón, o Betún, le decían cuando ya no estaba presente. Yo de cariño, simplemente lo llamaba El Negro. Era mi amigo. Y digo desafortunado, literalmente, porque en realidad nunca había conocido persona con más mala suerte. Solo le faltaba andar con una sombrilla abierta para escamparse de la nube negra que lo perseguía siempre. Cuando le hablaba de él a mi madre mientras almorzábamos en la mesita de la cocina, ella siempre me decía una de sus simples pero contundentes frases: "Mijo, hay quienes nacen con estrella y hay quienes nacen estrellados, acostúmbrese y disfrute". Palabras que en vez de resolver o despejar alguna incógnita, acrecentaban mis peleas contra las leyes del universo. Lo que, si era cierto en todo eso, es que El Negro era la evidencia perfecta de su segunda hipótesis.

Yo lo conocí porque estudiamos juntos en el mismo salón de clase. El hombre quería ser ingeniero mecánico, y su padre que de profesión era jardinero empírico, tuvo que recorrer todo el Urabá antioqueño trabajando de hacienda en hacienda y de abril

a abril para costearle los primeros dos semestres en la Pontificia Bolivariana. Al menos esa era la versión romántica de los hechos. La real, que me la reveló el mismo Negro susurrándome al oído cuando la cerveza le hacía aflojar la lengua, era que su padre se había ido de chef a "cocinar" al monte.

Con la plata que el jardinero le mandaba por Servientrega en un sobre de manila forrado en cinta aislante, a mi amigo le alcanzaba apenas para mercar atún y arroz en el Consumo de La Ochenta y para pagar el arriendo de una pieza en Mierda Caliente. Por eso, los viernes en la tarde que salíamos de clase, a mí me daba una lástima repugnante y siempre lo invitaba a tomarnos un par de cervezas al frente del depresivo bloque de ingenierías. En verdad eran siempre seis o siete botellas por cabeza. Nunca un par. Al poco tiempo, esas frías bajando por la garganta se nos terminaron convirtiendo en una sagrada costumbre que esperábamos con ansias desde el lunes. Para finales del primer semestre ya teníamos nuestro espacio reservado en el pedazo de cartón de cigarrillo en donde doña Fancy, la dueña de El Proveedor, apuntaba los fiaos. El lugar era una cantina montada con bajo presupuesto en un sótano de angostas ventanas que siempre olía a ambientador mezclado con berrinche. Afuera, sentados en las escaleras de concreto o en los muros de los jardines aledaños, se reunían los estudiantes a beber y fumar marihuana hasta que los vecinos llamaban la policía. Como el Negro le tenía un pavor excesivo a los agentes, nosotros nos quedábamos adentro sentados en las sillas Rimax rojas, rodeando las pegachentas mesas de lata con publicidad impresa de Pilsen. Inclusive extrañábamos el olor a cerveza seca mezclada con berrinche.

Uno de esos viernes de cielo despejado tan usuales en Medellín, cuando íbamos acabando la cuarta o quinta cerveza, y sin yo haberle preguntado nada específico, porque sabía que no le gustaba hablar de su familia, me fue contando a sorbitos y tropezándose con la memoria, la historia de su madre.

Resulta que hasta donde mi amigo lograba retroceder en el tiempo, ella siempre había tenido un trastorno mental, o por lo menos así tenía que llamarlo él pues su cerebro no era capaz de ordenarle a las cuerdas bucales que fabricaran la palabra loca. Era evidente que hacía un esfuerzo por expulsar de su siquis ese perfecto adjetivo, pero entonces, detrás de las llamas le aparecía el rostro langaruto de su madre para impedirselo. Me contó pues, con dolor sincero y pegado al oído como el borracho fastidioso que era, que un día su madre actuando como poseída por un demonio, tiró a mitad de la calle el colchón y toda la ropa de su padre mientras las rasgaba como pedazos de papel, luego les roció el petróleo del fogón con el que cocinaban y les prendió fuego. Hasta ahí yo solo calculaba que no era para tanto y que el asunto se limitaba a un problema de faldas un poco exagerado, y como el inquisidor Torquemada, sin dudarle le monté un juicio al padre y lo declaré culpable sin darle la oportunidad de defenderse. Quien sabe cuántas mujeres tendría el pobre santo, sobre todo en esas regiones tan calientes. Dictaminé.

Poco antes de matar la pola, El Negro continuó donde había dejado empezada la historia para irse al baño a orinar como un se-moviente. Un día a mitad de diciembre, cuando él tenía unos diez años, llegó a Murindó una forastera cargando una maleta vieja. Le decían la bruja haitiana. Luego se supo que de haitiana y de bruja solo tenía el nombre. Esa embaucadora de Necoclí, como la rebautizaron después los embaucados por su mística verborrea, apareció de la nada en el pueblo sentada en la mitad del parque. Dizque leyéndole el tabaco y las cartas a la gente sobre un mantel negro y la mesita desplegable en la que se convertía su maleta. Su madre que andaba con él por esos lares después de salir de misa, la vio de frente y quiso preguntarle a cambio de cinco mil pesos, en que andaba metido su esposo y cuál era el nombre de la moza. Pero ese no sería un encuentro con la verdad y sí con la tragedia, porque la adivina, a cambio de no tener una respuesta a la pregunta de su madre, le descifró sus ocultos abolengos basada

no más que en los cuatro apellidos y en el árbol genealógico que vio a través de sus ojos. Soportada en esa parca información y con sus poderes psíquicos, fue capaz la bruja de trazar el mapa de su familia más lejana. Su madre se paró de la silla fascinada diciendo lo mismo que repite hasta hoy a todo el que se encuentra por las calles de Murindó. Primero, que ella era descendiente directa de Erzulie Dantor, la virgen negra haitiana, Loa del amor y de la belleza, y segundo, que el mundo se va a terminar cuando un papa negro reine. Eso fue lo que pronosticaron las cartas sobre la mesa.

—¡Que el mundo se va a acabar cuando reine un papa negro!. ¿No podían haber inventado algo más racista hermano? —enfaticizó el Negro, y luego con el brazo se limpió la saliva con cerveza de los labios.

—Racista no. Eso es Nostradamus, sensacionalismo puro. Creo. —le contesté tratando de evitar que comenzara a hablar del racismo en Medellín. Era difícil jugar con él en esa cancha empantanada.

Ya antes sometido por el odio se había metido a explorar la profundidad de ese abismo, y yo lo había comenzado a sentir más deprimido con el tema. Tenía miedo de que lo de su madre fuera congénito y se le fueran a terminar de aflojar las tuercas. A veces mencionaba achantado que no había podido conseguir una novia por pobre y negro. Y que todos sus males también tenían el mismo origen. Yo le insistía que no, que estaba viendo muchas películas gringas, y a manera de humor negro como para que todo cuadre, le decía que, por pobre sí, pero no por negro, que pensara en Michael Jordan o en esos raperos gringos con chimbas de grillas, aunque mientras se lo decía, recordaba de inmediato los refranes populares y chistes de mi abuela y mis tíos relacionando a los negros con micos, o comparando la alta temperatura de su café con la de un negro en un baile.

Un domingo desayunando en la misma mesita de la cocina,

cogí el periódico que había dejado allí mi padre con la intención de ver la cartelera de cine. Mientras pasaba las hojas, mi inconsciente me obligó a detenerme en una página de clasificados donde aparecía en negrita la palabra jardinero. De inmediato pensé en lo obvio, y me sorprendió el poder de conexión entre los ojos, las neuronas y la mente. En el anuncio se ofrecía un trabajo de jardinero de medio tiempo en las instalaciones del club El Rodeo. Emocionado levanté el teléfono y le marqué al Negro a su casa en Mierda Caliente. Allí contestaba la dueña de la casa y luego iba a tocarle la puerta a los inquilinos.

—¿Aló? —Contestó El Negro. Por el tono de su voz pude verlo con el teléfono en el hombro, una mano limpiándose las lagañas y con la otra rascándose las nalgas.

—Parce, vos también fuiste jardinero como tu padre ¿cierto?

—Pues algunas cositas aprendí mientras lo acompañaba muy pelao a podar algunos árboles y cortar matorrales. ¿Por qué?

—Anote pana.

Esa misma tarde del domingo subí a su casa a vernos el partido en un televisor pequeñito que yo le había regalado. La casa quedaba sobre la calle 42 y era fácil de encontrar porque estaba metida en la mitad de dos locales comerciales, como un sandwich. A un lado había una compraventa donde nunca se podía caminar por la acera pues los carros siempre invadían el espacio público, y al otro lado había un depósito de materiales destechado con una puerta doble de metal grafitada, y muros de ladrillo gris coronados por botellas de vidrio despicadas. La casa del Negro era de cuatro pisos contando la terraza, en el primero había dos garajes de puertas metálicas marrón que también hacían las veces de entrada a la casa. Es decir, había que estrecharse contra la pared y el Renault 18 de la dueña para poder llegar a la primera pieza, al baño, y a la cocina donde también había un patio pequeño cubierto por una reja y tejas transparentes. En el segundo piso vivía

el negro, pero para subir a su pieza había que entrar por otras escaleras exteriores de baranda metálica. Una remodelación hechiza había separado lo que antes fue una casa de cuatro niveles. La pieza de mi amigo era la última, la más barata y la más oscura, siempre había que tener la luz prendida. En la primera pieza, la que tenía acceso al balcón vivía la burguesía, como él llamaba a una pareja de abogados que había llegado de Neiva.

Casi no le prestamos atención al partido por estar haciendo la hoja de vida del Negro. Una sola página llena de mentiras a la cual mi amigo se negaba a pegarle su foto. Decía que salía muy feo y que rechazaba hacerlo porque la gente no debería ser escogida por su apariencia. Pero la verdad es que era consciente que revelar su color no le convendría.

A la semana de haber llevado personalmente el documento hasta las oficinas de El Rodeo lo llamaron para una entrevista. Nunca lo había visto tan nervioso y contento, le presté la corbata, el saco y los mocasines de mi padre. Esa misma tarde lo llamaron al inquilinato para dejarle el mensaje de que le habían dado el trabajo. Me llamó como a las nueve de la noche a darme las gracias y contarme la noticia. Yo me alegré por él, ya iba siendo hora de que esa nube negra lo dejara tranquilo y se esfumara. Necesitaba con urgencia la plata, pero, sobre todo, se lo merecía por noble.

Llevaba quince días trabajando, y con la plata del primer pago nos emborrachamos en El Proveedor. Esa noche pedimos fue botella de guaro con picada de naranja y coco. Me contó que le habían dado más confianza y que le enseñaron a manejar una máquina para cortar el césped de las canchas de golf, una de esas de gasolina en las que uno no empuja si no que se sienta encima a pilotear, como las que sale en las películas, decía. Además, parece que le había caído muy bien al administrador y este le había dado autorización para cuando se destetaran, llevarse uno de los cuatro gatitos recién nacidos que había en el club y a los cuales él le cogió cariño. Su felicidad mayor se debía a que Doña Amparo, la

dueña del inquilinato, le había dado permiso para meterlo en su pieza. Ya hasta le había comprado cajita de arena y le había puesto nombre. Godzilla.

El lunes, a pesar de todavía estar padeciendo los efectos del guayabo, se levantó optimista y lleno de energía. Tenía plata en los bolsillos y al parecer le gustaba lo que hacía. Llegó temprano y puntual, apenas se asomaba el primer rayo de sol sobre las montañas antioqueñas. Se puso el overol, se sentó en el carrito para podar el césped, y como un peleador de karate listo para el combate, estiro los brazos hacia adelante con los dedos entrelazados para traquear todas las coyunturas, movió la cabeza a ambos lados tratando de tocar los hombros con las orejas, giró la llave media vuelta esperando a que todas las lucecitas del tablero se encendieran para luego darle la vuelta entera y suministrarle chispa a la bujía. El carro y la hélice se encendieron, pero de inmediato sintió un estruendo bajo la máquina. El Negro pensó que se había soltado la correa o que le había dado a alguna piedra con las cuchillas. Apagó la cortadora por seguridad, y cuando se asomó bajo la carcasa vio la sangre salpicada y algunas extremidades de los gaticos regadas por el césped. De inmediato levantó el carro con las manos, y la dantesca escena lo obligó a salir corriendo como si le hubiera visto las pezuñas al mismo Lucifer. Entró al área de empleados, se quitó el overol con repugnancia de si mismísimo, como si se estuviera quitando la piel de culebra, colgó las llaves junto con sus credenciales, y se fue corriendo por toda la Ochenta hasta que llegó a su casa. Jamás volvió al Club, y menos volvió a contestar una llamada de su jefe.

Ya sabía yo que la maldita nube negra nunca lo desampararía, pero esta vez sí que le mandó una tempestad con rayos y centellas. Desde esa mañana su semblante era el de un derrotado, comenzó a perder exámenes y faltar a clase, los viernes que tomábamos cerveza se le notaba en sus ojos chocolate la tristeza, y hablaba de devolverse definitivamente para su tierra. Tal vez su destino

era cocinar como su padre, señalaba para terminar las frases más pesimistas. Sin embargo, yo he sido bueno dando charlas motivacionales y con perseverancia logré al cabo de dos meses volver a encaminar a mi amigo, hasta el punto en que decidió buscar un trabajo nuevo. Pero desafortunadamente no volvieron a llamarlo para ninguna entrevista.

Fue al cabo de unos cuatro o cinco meses después del macabro accidente, que por casualidad se sentó a acompañarnos en nuestra mesa de El Proveedor otro compañero de clase. El Burro. Un costeño alegre y parrandero, que, por su color de piel y condición de foráneo, tenía cierta afinidad con El Negro. Nos contó que estaba trabajando de mensajero, y en la espontaneidad de la conversación surgió el tema de lo difícil que resulta conseguir trabajo en Medellín. Con o sin experiencia lo único que importa es “la rosca”, concluimos lo evidente. Fue entonces cuando Alexis, como en realidad se llamaba El Burro, mencionó a manera de broma que alguna vez un familiar le habló sobre ganar algo de plata extra donando esperma en una clínica de ricos en El Poblado. Al Negro, quien abrió los ojos entusiasmados, no le pareció ninguna broma y quiso averiguar más sobre el asunto, pero Alexis le advirtió que no se exaltara mucho porque ese mismo familiar, quién también le confesó ser el que había hecho las vueltas, le rechazaron la solicitud de donante sin darle más explicaciones que la del portero a la salida de la clínica:

—Mijo, le voy a dar un consejo, en Medellín está prohibido para los negros donar esperma. Mejor no pierda el tiempo, y por acá no vuelva.

LAURELES.

A Vélez lo conocí cuando yo todavía era un pàrvulo que andaba repitiendo once en el colegio. Fue durante la época en que solía bajar de mi casa en Robledo, para encontrarme con mis amigos en una licorera situada en el primer parque de Laureles llamada Centro Agencia. Ya me creía yo mayor cosa yéndome a parchar con los que creía de clase alta y dejando atrás a los de Robledo tomando espumoso en una banca.

Ese era el punto de encuentro, porque Wilson, Care Tombo, Boli Chuchi, Yarumal, Piruláis y Tyson vivían en Laureles; Yoda y Norberto en El Estadio; Kiko, Pecho e' lata y Piolo en El Pinocho, y Fritanga venía a veces desde Fátima. Yo era el único forastero sin moto y sin billete. Por eso los sábados cogía bus de ida y taxi de venida, para irme a beber Brandy y fumar mariguana, oculto bajo los guayacanes del primer parque.

Yo era nuevo en ese combo, y entré porque después de rogarle mucho a Piruláis, que a la vez era compañero del colegio, me había invitado a ser parte de aquellos futuros buenos para nada.

Fue por él que previamente había escuchado hablar del famoso Vélez, y luego, porque su nombre salía a flote en las difusas tertulias de medianoche.

Contaban mis amigos que era el hijo del dueño de varias compraventas en el Parque Automotriz, y el motivo por el cual era tan famoso, eran la fiestas que hacía en su finca de San Jerónimo, a las que, a propósito, nadie había ido, y por la care vaca con rines de lujo y baffles con neones en la maleta. Pero, sobre todo, por la cantidad de billete que tenía su familia, y que este se soplaban en sus bacanales.

Una madrugada, de esas ya tan repetidas y predecibles, sentados en la banca del parque mientras saludábamos a los habituales repartidores de periódicos, apareció el fantasma en la care vaca escuchando baladas de los ochenta.

Se bajó de la Toyota gritando “préndalon” (si, con n al final del verbo) y yo lo vi como flotando por el aire mientras se desplazaba sobre una imaginaria alfombra roja. En su mano izquierda traía una botella de whiskey agarrada por el cuello, y con la otra, a la altura de su vientre, sostenía una riñonera que llevaba terciada sobre su hombro izquierdo. Para mí fue como ver una estrella de cine un poco maltratada. Yo me lo imaginaba muy distinto. No creí que fuera calvo, con pelos en el pecho y con su cara llena de marcas, tampoco pensaba que tuviera semejante panza y que usara una ropa tan forrada con zapatillas Zodiac. Después de saludar con un movimiento de cabeza, abrió la maleta del carro y puso a tronar los potentes baffles, convirtiendo así las fabulas en leyendas. Bastaron pocos segundos para que todos mis amigos estuvieran rodeando al rey, como unos hambrientos vasallos buscando alguna benevolencia.

De la camioneta también se bajaron dos mujeres visiblemente cansadas, el maquillaje lo tenían corrido y estaban descalzas. Sin embargo, estas cambiaron la música por un CD de Technotronic,

e hicieron un notable esfuerzo para bailar y creer que todavía estaban en la fiesta de El Pulpo en El Diamante. Mis amigos y yo no tuvimos que hacer ningún esfuerzo, y para nosotros fue como si hubieran abierto las puertas de esa discoteca. Esa noche le di la mano a Vélez, y nos invitó a pasar el próximo fin de semana en su finca con piscina.

Esa semana no se habló de nada distinto. Mis amigos se pasaron de lunes a viernes usando todo su arsenal con tal de convencer a cualquier incauta para que los acompañaran. Se podía llevar la pareja si se quería asegurar la faena, o irse a la jura a ver con qué aparecía el dueño de la finca, lo cual sonaba prometedor pues las historias estaban ahí en la imaginación para darnos una idea. Yo renuncié desde que comenzó la cacería, pues no tenía siquiera el teléfono de alguna dama en la libreta.

El sábado después del mediodía, Piruláis me recogió en su moto, eso ya indicaba que íbamos dos sin pareja. Insinuó, para no parecer un perdedor como yo, que era mejor buscar algo en el pueblo, que ahí siempre había buena mercancía. Nos tomamos un par de cervezas en la salsamentaria Porkis para no llegar de primeros a la finca, y nos fuimos fumando mariguana por toda la carretera disfrutando del aire fresco y de las hermosas montañas antioqueñas.

Al llegar a la finca, me di cuenta de que la teoría de mi amigo era bien aceptada y compartida por el resto, pues solo Wilson y Kiko aparecieron con sus parejas en el Mazda de Wilson. Los otros justificaron dicha teoría, diciendo que “para que llevar leña al monte” o que mejor venir solo, pues quién quería traer una vieja para que lo “chimbicara” a uno todo el paseo. El día estaba hermoso y Vélez nos recibió sin mujeres de salva, pero con buena comida, cerveza, whiskey y una paca de vareta sobre la mesa. Entonces, pantaloneta y para la piscina.

Cuando ya teníamos las yemas de los dedos como pasas y

agua metida en los oídos, entramos a la finca a calmar el hambre con el sancocho que don Milciádes, el mayordomo, había preparado en leña durante toda la tarde. Sancocho al cual Pecho e' lata, como era habitual en los paseos, lo había dañado echándole una cantidad exagerada de mariгуana. Sin embargo, el hambre era mucha y solo quedo un poco en la olla. Ya se estaba haciendo tarde y las ganas de rumba mezclada con la envidia por los que estaban encerrados con sus novias en las habitaciones, empezaba a poner ansiosos los dedos y a hervir la testosterona. Comenzamos a hacer planes para irnos a rumbear al pueblo, pero nos retrasamos porque Vélez no aparecía por ningún lado. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Luego, un olor a arepa quemada comenzó a invadir la finca por dentro y por fuera. Nada más fuerte que el olor a maíz ardiendo. Entonces, como dictaba la lógica, nos fuimos a la cocina para evitar algún incendio y fue cuando nos dimos cuenta de que efectivamente una arepa chamuscada iba desprendiendo un humo negro por todos los rincones de la casa. Apagamos la arepa en el lavaplatos y nos fuimos de nuevo a la sala a esperar y servirnos unos tragos, cuando de pronto el mismo olor a arepa quemada. Regresamos a la cocina y nuevamente vimos una arepa encendida en llamas.

Pero esta vez cuando fuimos a extinguir el fuego y quisimos resolver el misterio de las arepas chamuscadas, se nos adelantó Tyson para aclarar el asunto. Pidió que dejáramos arder la arepa, que era él quien las estaba poniendo en las llamas para que Vélez se pudiera fumar sus basucos encerrado en el baño sin que nadie lo notara. Que más bien cuando saliera del encierro y de sus charlas con el diablo disimuláramos, y que ni se nos ocurriera hacer algún comentario sobre las arepas. Ese procedimiento era ya algo común en esa casa.

Pero el hombre tardó demasiado navegando en su universo de galaxias químicas, y el paquete entero de arepas tuvo que pasar por la candela. Entonces no aguantamos más las ganas, dejamos

a Vélez soplándose la plata de su familia en el baño, Care Tombo cogió las llaves de la care vaca y nos fuimos en los dos carros todos para el pueblo como teníamos planeado.

En nuestro recorrido por carretera destapada perdimos al Mazda de vista, pensamos que tal vez a Wilson le había dado pesar de Vélez y se había devuelto a recogerlo, o que se le había olvidado la billetera, o que simplemente andaba de pela con su novia, como siempre. Sin embargo, no le prestamos mayor importancia, hasta que llegamos al pueblo y notamos que el Mazda se tardaba demasiado. Fritanga le puso un viper a Vélez para intentar averiguar lo que pasaba, pero como era de esperarse este no contestaba.

Pasaron un par de horas y por instantes nos olvidamos del tema gracias a estar bailando salsa, pero los efectos secundarios del sancocho mezclados con el aguardiente se hicieron más fuertes y terminaron cobrando peaje. Yo creí que estaba alucinando cuando desde el balcón de la cantina vi aparecer a Vélez en mitad del parque. Se le veía bastante agitado, estaba sudando a chorros y su camisa la tenía rasgada, en su rostro había sangre y un par de cortadas en los cachetes. Parecía que lo hubiera atacado un tigre. Tuve que rascarme los ojos y consultarle a Piruláis si él también estaba viendo ese mismo zombi. Cosa que confirmó con la boca abierta y con los ojos apuntándole al herido, como si se trataran de un par de linternas.

De inmediato salimos todos a rescatarlo de la pesadilla por la que estaba pasando. Al principio no pudo reconocernos y hablaba incoherencias. Lo único que escuchamos con claridad era cuando repetía hasta el cansancio que había peleado con un monstruo enorme de garras afiladas, dientes puntiagudos y cola larga. La poca ayuda que pudimos brindarle se limitó entonces a echarle una botella de agua fría en la cabeza esperando que reaccionara. Pero los intentos fueron en vano, porque Vélez seguía perdido en esa historia de monstruos horribles, y nuestra única reacción

fue no creerle y comentar, como si fuéramos experimentados doctores, que todo se debía a los efectos del bazuco recorriéndole la sangre.

Lo único razonable que se nos vino a la cabeza, como siempre ocurre en estas tierras, fue que lo habían atracado. Entonces le revisamos los bolsillos de la pantaloneta y le encontramos la billetera con la plata, un par de basucos y las llaves del Mazda. ¡Mierda! ¿Ahora que le habrá hecho este a Wilson? Comentó alguien.

Acosados por terribles premoniciones, nos montamos en la Toyota y regresamos a la finca que quedaba a unos quince minutos manejando por carretera destapada. Mientras íbamos en el trayecto encontramos el Mazda mal parqueado a la orilla del camino. Todavía tenía las luces y el radio encendido, además la puerta del conductor y la maleta estaban abiertas. En el momento en que Vélez se percató del carro comenzó a llorar y a morderse el cuello de la camisa. Como teníamos las llaves, Kiko condujo el carro de regreso a la finca.

Cuando por fin llegamos, tratamos de encontrar a Wilson, pero no había rastros de él ni de su novia por ninguna parte, entonces buscamos a don Milciádes en su pequeña casita de mayordomo donde vivía con su esposa y dos hijos. Cuando este abrió la puerta nos sorprendió el estado de toda su familia. Sus dos hijos que no pasaban los diez años estaban tirados sobre una sábana en el piso y apenas lograban moverse, su esposa gritaba furiosa desde la cama y amenazaba con llamar a la policía. Pero aquel extraño comportamiento y las dos puñaladas que el mayordomo tenía por ojos, tuvieron sentido cuando vimos al lado de la puerta la olla del sancocho vacía.

Para evitar más problemas y confusiones nos fuimos sin hacer más preguntas. Vélez, visiblemente agotado, se quedó dormido y roncando como un león en un sillón de la sala. Pasarían una

hora o tal vez dos, cuando por la puerta principal entraron exhaustos Wilson y Andrea. Explicaron que habían salido buscando el Mazda y con la intención de llegar caminando hasta el pueblo si era necesario, pero que en la oscuridad se habían perdido por la intrincada carretera. Nos contaron todavía agitados que, cuando todos salimos hacia el pueblo, Wilson iba haciendo bastante esfuerzo para ver la carretera pues el polvo que levantaba la carevaca le afectaba la visibilidad. Por ese motivo no vio cuando una iguana enorme se atravesó en el camino y este la atropelló dejándola mal herida. Wilson creyó que se trataba de un perro y se detuvo para investigar, él y Andrea encontraron al reptil agonizando en la cuneta, Wilson quiso seguir, pero su novia que era bastante compasiva con los animales se negó a dejar la iguana herida de muerte. Entonces a Wilson se le ocurrió que tal vez don Milciádes sabría cómo tratarla, y con tal de no parecer un insensible canalla al frente de su novia, pues sabría que eso podría haber cambiado su relación para siempre, aprovechó la ocasión para mostrarse como un noble de corazón y espíritu valiente. Así pues, cogió una toalla que había en el carro, envolvió al animal en ella y la metió en la maleta para devolverse a buscar ayuda a la finca. Mientras le golpeaba la puerta al mayordomo con insistencia, escuchó que Vélez se llevaba el Mazda, entonces, prescindió de Milciádes para salir en busca de su carro que, a propósito, todavía tenía la iguana encerrada en la maleta.

A la mañana siguiente en el desayuno, cuando comenzamos a asar las arepas en las parrillas, Vélez se despertó con el aroma. Todavía se le veía perturbado por las imágenes que seguramente su cerebro se encargaba de recordarle. De repente y sin mediar palabra se levantó del sillón y se rasgó lo que le quedaba de camisa como Eddie, la mascota de Iron Maiden. Pero una cerveza fría que le brindamos al instante se encargó de domar la bestia. Se la tomó como si fuera agua y soltó un largo suspiro por la boca, pidiendo un cigarrillo con un gesto de sus dedos.

Sentado al borde del sillón exhibiendo las cortadas, y con el cigarro pendiendo de su labio inferior, contó que de la noche anterior solo recordaba cuando salió del baño y se extrañó porque no vio a nadie. Entonces vio el Mazda afuera aún encendido, y decidió irse a buscarnos al pueblo. Pero que mientras iba en mitad del camino, sin más compañía que la noche oscura, tuvo que bajarle el volumen al radio pues de la maleta salían unos extraños sonidos. Al principio creyó que eran solo trucos de la mente, por no admitir que del bazuco, pero luego escuchó chillidos y rasguños en la cojinería.

El hombre se parquéó en la orilla y se bajó del carro para investigar. Con la intención de apaciguar el miedo, dejó el radio y las luces encendidas, y cuando abrió la maleta, lo atacó un monstruo verde que le clavaba sus garras cual dagas en la cara, pecho y costillas. Recordó la textura que sintió en sus dedos, una piel como de culebra que apretaba mientras se defendía, luego cayó al piso tratando de esquivar las poderosas mandíbulas de esa fiera. Cuando por fin pudo librarse sin saber cómo, de los ataques feroces de la criatura, salió corriendo sin detenerse hasta llegar a la plaza del pueblo.

Después de esa escueta, pero por las dramáticas muecas de su rostro, elocuente explicación, pensé: ¿Cómo sería pelear con una iguana después de haberse fumado unos diez basucos?

LA EXTINCIÓN DE LOS BARRIOS,
se imprimió en los talleres de Suin-
tegraf S.A. Se utilizó la fuente Times
New Roman de 10 puntos, Times New
Roman Bold de 14 puntos.

La diagramación y edición estuvieron al
cuidado de Juan Camilo López G.

Carlos Alejandro Ruiz revisó la primera
versión del manuscrito.

Medellín, Colombia

MMXXII

